

Y esta frase:

«¡Ah! yo sé que no; que desatado el monstruo de la  
»duda, no hay domador que lo enjaule.»

¡Qué conmovedor es esto que dice Gabriel á su  
padre!

»¡Que no puedes! Sí puedes. ¿Soy yo como otro  
»cualquiera? Yo tengo derecho á que me digas la ver-  
»dad. Tu deshonor voy á heredarla: justo es que co-  
»nozca á fondo mi herencia. La mancha que el mundo  
»verá sobre tu rostro, en el mio ha de reflejarse. Bien  
»venido sea: es tuya; yo la acepto. Acércate á mí, pa-  
»dre; junta tu frente á la mia. (Cogiéndole casi entre  
»sus brazos.) ¡Niebla de deshonor, extiéndete por mi  
»faz! ¡Nube de infamia, yo sé que eres como las nubes  
»del espacio, si negras por abajo, por la parte que mi-  
»ran á la tierra, iluminadas por sol de justicia por ar-  
»riba, por donde miran al cielo! ¡Pero hasta ahora, sólo  
»veo la deshonor desde abajo, y es horrible; padre, dé-  
»jame mirarla por donde tú la miras! ¡La verdad, la  
»verdad pronto, que la espero como los condenados  
»del purgatorio esperan la luz de Dios!»

## CAPÍTULO X.

Planteamiento de los nuevos ideales con elementos romántico-realistas. — *O locura  
ó santidad.*

En la difícil y peligrosa empresa que hemos acometido de estudiar y analizar con algun detenimiento el teatro de *Echegaray*, su genio, la época en que vive y la influencia de sus obras en la sociedad actual, llegamos al punto más culminante y capitalísimo, toda vez que señala el período álgido, la apoteosis de su inspiración, y, al mismo tiempo, el planteamiento franco, terminante y decisivo de los nuevos ideales, sólo vislumbrados en alguna de sus obras, tímidamente expuestos en otras, bastante determinados en las últimas, y sólo en ésta presentados en toda su soberbia grandeza, con claridad y extensión suficientes, sin disfraces ni paliativos, obedeciendo á una idea preconcebida, siguiendo un sistema fijo y anterior, y conforme á un método radicalmente original y extraordinario. Porque, en verdad, este drama puede ser y ha sido considerado como la obra maestra de su autor, como el término final de sus aspiraciones y como el principio de una era brillan-

temente inaugurada y que se anuncia fecunda en triunfos y gloria, en aplausos y laureles.

Antes de entrar en el exámen y análisis de *O locura ó santidad*, parécenos oportuno hacer algunas ligeras consideraciones sobre el estado de la sociedad española en la época de su presentación, para de este modo venir, como de la mano, al conocimiento de las causas que hicieron concebir y engendraron el drama, de los móviles que guiaran á su autor al escribirlo, y de tantas otras cuestiones, más para formalmente expuestas, que sencillamente enunciadas.

Si es cierto, y así lo creemos, que las costumbres retratan mejor que otra cosa la fisonomía moral de un pueblo, nada más oportuno y conducente á nuestro propósito que estudiar las de nuestra patria en el tiempo á que nos referimos para poder formar idea clara y precisa de su estado y condiciones, y por consiguiente, de los caracteres de esta sociedad.

Las costumbres no son sino la manera de ser de un pueblo, y á su carácter de generalidad con respecto al que las practica, unen el de exclusivismo con relacion á otros pueblos y sociedades; afectan índole distinta y manifestaciones diversas, pudiendo ser públicas ó privadas y pertenecer á la clase de permanentes ó seculares ó á la de accidentales, nuevas, flotantes por decirlo así, efímeras en fuerza de depender de las circunstancias y acontecimientos, sin arraigo ni consistencia, é incapaces, por tanto, de fijar carácter á una sociedad, á una época, á un pueblo.

De todas tenemos que hacer mencion, todas caen bajo el dominio de nuestro análisis y todas nos han de merecer atencion especial, dando la preferencia á las privadas, porque el teatro es su principal asunto y escuela y porque las públicas tienen su natural y oportuno correctivo, su norma y regla fija en los códigos y en la prensa, en las leyes y en los periódicos, en las autoridades y en los escritores moralistas.

Así las hemos de examinar en todas sus manifestaciones y en todas sus esferas: en el derecho, en la política, en la religion y en el individuo, en la familia, en la corporacion, en el Estado.

Nuestro exámen debe arrancar de una época ni muy cercana, ni muy remota, y la índole del mismo y de lo que es su objeto principal señalan como la más oportuna y conveniente la de 1868 á 1878, período de diez años, suficiente para nuestro propósito por el número y la calidad de los acontecimientos que en él se verificaron.

A principios del año de gracia de 1868 hallamos á la sociedad española con los mismos rasgos, con los mismos caracteres que veinte años atrás; algo ha variado, como no podía ménos, pero estas variaciones no han alterado su esencia, afectando más bien á la forma que al fondo, á los detalles que al conjunto; el genio especial de aquella sociedad permanece invariable; poco importa que se vista de otro modo, que se hable otro lenguaje, que haya otros gustos y aficiones; ni la moda, ni los espectáculos, ni otras muchas cosas son manifestaciones bastantes por sí solas á convencer á ninguno

de que se haya verificado un cambio radical en las costumbres de un pueblo, porque si lo fueran sería tan fácil probar que cambian cada día, como que son las mismas del tiempo de Tubal.

En este mismo año se lleva á cabo una revolucion de escasas proporciones en su principio, pero de inmensas y trascendentales consecuencias despues: tan inmensas que aún hoy se sienten y conocen; tan trascendentales, que no ha habido objeto, alto ni bajo, malo ni bueno adonde su influjo no haya llegado. Esta revolucion fué como el toque de alarma, como la señal para que aquella adormecida sociedad sacudiera su letargo, y desnudándose de añejas preocupaciones, abriese los ojos á la razon, á la verdad, á la justicia; ansiase beber en las más puras fuentes la ciencia única verdadera; se emancipase social y políticamente; abriese cariñosa los brazos á todas las manifestaciones del progreso humano, y quisiese, en fin, ser libre, sabia y poderosa.

Esto pudo realizarse, y se realizó efectivamente, abriendo la puerta á todas las libertades ántes vedadas, reconociendo y consagrando todos los derechos que estaban coartados y extendiendo el cumplimiento de los deberes á todas las clases y á todas las categorías.

El resultado de todo esto fué naturalmente que el individuo entrase en posesion de sí mismo, que la familia hallase garantías para su constitucion y estabilidad, que la sociedad viese en la union, en el apoyo mútuo y recíproco el secreto de su fuerza y de su poder, y que el Estado pudiese obrar libre y desemba-

razadamente en la empresa de hacer feliz, próspero y respetado en todo el mundo al país cuyos destinos le tocaba regir.

Las clases, al confundirse en una comunidad de intereses, veían llegado el momento de deponer antiguas prevencciones, ideas rancias que miraban con gusto desaparecer, y dándose la mano, echaban las bases de una admirable regeneracion social por el amor, por el respeto, por la igualdad, por el entusiasmo que depertaba la idea de ser todos unos, ciudadanos y españoles.

Las ideas tomaron un vuelo asombroso; la inteligencia columbró nuevos y más vastos horizontes, y el pensamiento, libre de las trabas que hasta entónces le habian aprisionado, no halló límites á su carrera, pudo saciarse de registrarlo todo y derribando las vallas que la intolerancia y el fanatismo levantaron á su paso, corrió desatentado en busca de otros elementos que satisficieran su ansia de reconocer nuevas verdades, que le resarciesen del quietismo forzoso á que se habia visto reducido.

Todas las fórmulas de expresion fueron empleadas; resucitáronse teorías olvidadas; pusiéronse en boga sistemas antiguos, que sólo á la sombra de la libertad podian existir; todas las manifestaciones del humano entendimiento, cobrando nuevos bríos, acudieron al festin que la libertad les ofrecia, y las artes mostraron sus galas brillantes como nunca, las ciencias avanzaron un paso más en la investigacion de lo desconocido, las letras pudieron dejar oír su voz no sofocada por el despotismo y la tiranía, y renaciendo con la libertad la

confianza, con la confianza el crédito y la riqueza; la agricultura pudo sospechar que habia llegado el momento de su redencion y esplendor; la industria, multiplicando prodigiosamente sus medios y sus recursos, creyó en la mejor de las vidas bajo el mejor de los gobiernos, y el comercio, haciéndole coro, se preparaba á dar á sus operaciones una extension que nunca pudo soñar y que veía ya cercana, y todo, en fin, saludaba á la nueva era con cantos de regocijo, con himnos de alegría, porque ella les auguraba paz, tranquilidad, union, armonía, riqueza y bienestar para mucho tiempo.

La libertad religiosa venía, á pesar de las declamaciones y anatemas de algunos pocos fanatizados é ilusos, á abrir las puertas de nuestros talleres, de nuestras fábricas, de nuestros mercados, de nuestras escuelas á multitud de hombres industriosos y sabios que una preocupacion injusta y desatinada desterraba de ellos; la libertad del pensamiento y la de imprenta, su consecuencia natural, daba á los administrados garantía formal contra los abusos y excesos de los poderes; la libertad política elevaba á todos los españoles al rango de ciudadanos, y la libertad de enseñanza abria camino expedito á las profesiones, á las carreras, á los cargos todos del Estado, haciendo creer con fundamento el conjunto de todas estas libertades que España habia entrado de lleno en su regeneracion política y social, y se preparaba á tomar parte en el concierto universal de las naciones más poderosas, con las que iba á compartir el cetro de

la civilizacion, de la riqueza y del poder, de que tan alejada habia vivido hasta entónces.

Esta habia sido la obra de la revolucion llevada hasta sus últimas consecuencias; pero por otra parte, en medio de los beneficios que en todas las cosas habia producido, ¡cuánto daño! ¡qué terribles desastres en la moral! Los excesos, punibles siempre, lo son tanto más cuanto que son irremediables y no pueden contenerse en el ejercicio y práctica de las libertades políticas y civiles, y nunca un pueblo está más léjos de ser verdaderamente libre que cuando abusando de la libertad la convierte en licencia, y á sí mismo en esclavo de sus propios vicios y de la astucia de aquellos que los fomentan y favorecen.

Si la parte intelectual habia alcanzado extraordinario desarrollo, la parte moral habia sufrido una relajacion espantosa; la sociedad se habia ilustrado, pero se habia pervertido; habia avanzado un poco en el camino del progreso, pero habia retrocedido diez en el de la virtud. La libertad religiosa si habia puesto un freno al fanatismo, habia en cambio desarrollado el descreimiento, y no así como quiera, sino descaradamente, en escandalosos alardes, dentro del santuario mismo de las leyes, dando ocasion á desmanes y atropellos desconocidos cuando dominaban las ideas contrarias. La libertad de la prensa habia convertido á ésta, con raras excepciones, en un medio de desahogar la procacidad más desvergonzada, dando cabida en sus órganos á injurias, calumnias, sátiras y diatribas vergonzosas contra

toda clase de personas y objetos, acogiendo las especies más absurdas, perdiendo el respeto á las cosas más sagradas, y siendo en vez de la augusta matrona que preside los juegos de sus hijos, meretriz descarada, ramera impúdica, que sin vergüenza ni pudor sacaba á luz, con las faltas y desventuras de los demás, sus propios vicios no disimulados sino escandalosamente pregonados y mantenidos. La libertad de enseñanza, si habia proporcionado á las clases desheredadas el medio de crearse una posicion y de aspirar á los más altos puestos del Estado, de la magistratura, tambien habia sido causa y origen de infinitos fraudes, de especulaciones ilícitas y vergonzosas; en vez de elevar el mérito y rechazar el favoritismo, habia hecho precisamente todo lo contrario, llenando nuestra sociedad de abogados, médicos y profesores ignorantes é incapaces, que habian comprado sus títulos por un puñado de oro, habia fãlseado la enseñanza y llevado la confusion á la ciencia; habia sido, en fin, más perjudicial que el sistema restrictivo y costoso de todos los conocidos.

Las costumbres no podian ménos de resentirse de esta influencia avasalladora, porque conmovida profundamente la sociedad, en ella habian de aparecer por fuerza las consecuencias y resultados de tal conmocion, y ellas habian de dar la medida de su perversion, la regla fija para poder juzgar con exactitud del estado de retroceso ó de perfeccionamiento en que se hallaba.

La inmoralidad reinaba por todas partes; en la administracion el favor habia postergado al mérito, no se

atendia á los servicios prestados, á la antigüedad, á la honradez; jovenzuelos imberbes, sin conocimientos, sin práctica, ineptos é incapaces, ocupaban los más altos puestos y disfrutaban pingües sueldos que derrochaban en orgías y aventuras; poco importaba que la nacion estuviese mal servida, ó no lo estuviese de ningun modo, si se podia complacer al amigo, al pariente, á la dama hermosa y amable cuyas recomendaciones era preciso atender á toda costa: el caso era hacer su negocio y el de sus paniaguados y seguir trampa adelante miéntras aquello durase. Si los expedientes se eternizaban en las oficinas, si se perjudicaban intereses y derechos respetables y la administracion no obtenia todos los beneficios que debia obtener, era cuenta del país que sufría y pagaba, y poco importaba que se cegasen los inagotables recursos de su prosperidad y su riqueza.

La religion que habia sido por tantos siglos la única de la nacion, se veía en ocasiones escarnecida; sus sacerdotes insultados, sus objetos más dignos de veneracion puestos en ridículo, los templos convertidos en lugar de irrision adonde acudian algunos mequetrefes á interrumpir las ceremonias, incomodando á los asistentes. Fuera de los templos se hacía alarde de descreimiento, se blasfemaba de Dios y de los santos, de las cosas divinas, y aún habia necios y estúpidos, por no decir malvados, que aplaudian y celebraban estos excesos, haciendo coro á aquellos desdichados.

Esta pintura no es caprichosa, ni fantástica, ni fundada en relaciones que la pasion podia haber inspirado;

no somos fanáticos, pero hemos tenido la dicha de recibir una regular educacion para comprender que todas estas cosas son punibles, y para condenarlas cuando la ocasion se presenta, como las condenamos cuando las vimos con nuestros propios ojos.

Tendiendo la vista por otro lado, el cuadro aumenta en sombras y en terrible colorido. La charlatanería y el empirismo habian sustituido osadamente á la verdadera ciencia; bastaba hablar mucho y en voz alta para ser escuchado y creído; la modestia estaba oculta, pero en cambio la envidia, con su cohorte de viles pasiones y malas artes, andaba suelta y se cebaba en todo lo que algo valia ó brillaba por la virtud ó la sabiduría.

A la nocion del derecho habia sucedido la de la fuerza; los deberes se imponian como castigos; todos se creian superiores á todos y querian hacer valer esta superioridad para sus fines, y el ciudadano pacífico y honrado temblaba cada vez que la casualidad le ponía al lado ó en frente de estos pequeños monstruos.

Las artes y las letras estaban por el suelo, degradadas, repugnantes; la obscenidad estaba al orden del dia; los buenos artistas retraidos; los literatos y poetas honrados llorando las desventuras de la patria; pero sin ánimo para remediarlas y combatir á sus autores, se habian puesto en moda los géneros más absurdos y averiados de otras naciones; lo bueno habia cedido su lugar á lo ruidoso, y en esta confusion, algunos hombres hábiles y astutos hacian su negocio, explotaban el mal gusto, halagaban é inventaban cada dia nuevos re-

cursos para mantener aquel orden de cosas é ideas.

El hábito del trabajo habia llegado á ser desconocido; la empleomanía, como cáncer venenoso, habia corrompido los buenos instintos de la juventud, que ya no aspiraba á crearse una profesion ó carrera, una posicion desahogada, una modesta fortuna, sino que, fiada en sus relaciones y amistades, sólo pensaba en tomar parte en el festin del presupuesto, para lo que no era necesario estudiar ni trabajar, sino tener mucho atrevimiento y buenos amigos. El ansia de ser pronto ricos por cualquier medio, habia lanzado á innumerables jóvenes y hombres maduros á toda clase de especulaciones ilícitas y vergonzosas, al abismo del juego y su compañera la crápula, resultando de todo esto un aumento notable en ciertas secciones de la criminalidad, en los fraudes, en las estafas, robos y homicidios, consecuencias naturales de la ociosidad y del amor al lujo y á la ostentacion. Los hombres se vendian, las mujeres se compraban, y los dramas de familia, producto de los matrimonios de conveniencia, se repetian con una frecuencia alarmante.

En las costumbres privadas tenía forzosamente que reflejarse esta desmoralizacion general, y tanto más cuanto más en contacto estaban con el foco, que como una inmensa hoguera, abundante en chispas y humo, lanzaba su roja luz, su horrible calor sobre los objetos más próximos, alcanzando á otros apenas los reflejos; la familia habia sufrido grandes convulsiones y trastornos, de los que habia de tardar mucho tiempo en reponeerse, viéndose en este tiempo tipos y escenas que sólo

podían comprenderse en las novelas sociales, en los dramas realistas; padres de familia derrochando su patrimonio y el de su mujer, las herencias de sus hijos con aventuras y mujeres de mundo, descuidando sus negocios, su reputación, dando ocasión á que su honra fuese puesta en duda y anduviese en la boca de todos, justificando esto con su conducta desordenada y criminal; otros que, haciéndose cómplices y protectores de las faltas y locuras de sus hijos, les acompañaban en sus aventuras de todo género, eran sus consejeros, y á veces sus rivales; que confundiendo la familiaridad y la franqueza con la desvergüenza y la falta de respeto, descendían á participar de los vicios de sus hijos, á alternar con ellos como con sus iguales; otros que hacían un comercio de su honra y se consideraban honrados en ello, que sacrificaban su dignidad á un pedazo de pan, para quienes el deber era una palabra vacía de sentido, y la sed de goces la única á quien se debía satisfacer; viles cortesanos de la fortuna, para los que no había más Dios que el dinero, ni más honor, ni más virtud, ni más ciencia, ni más gloria.

Las mujeres tenían que seguir la corriente de sus naturales directores, y olvidando su condición, su debilidad y su destino, se lanzaron de buen grado adonde las circunstancias les arrastraban; el afán de figurar, el ansia de goces materiales, el deseo de las satisfacciones, de la vanidad y el orgullo las dominaron por completo y produjeron no pocas desdichas, infinitos desastres, y llevaron el luto y la desolación á las familias; las faltas

del marido disculpaban las de la mujer é hijos; cada uno no veía en los otros sino un fiscal de sus acciones, y los lazos de la familia se relajaron, al cariño substituyó la conveniencia, á la sumisión la rebeldía, al respeto la hipocresía. Las hijas tuvieron celos de sus madres y á sus hermanos por cómplices de sus devaneos; el interés venció al amor en el concierto de las familias; los apetitos brutales produjeron más víctimas que las pasiones más terribles de otros tiempos; el matrimonio llegó á considerarse como un negocio, sus obligaciones como cargas de que uno podía desentenderse sin escrúpulo cuando le conviniera; los hijos como objeto de lujo y de discordia, y la familia, en fin, como un castigo, como una tiranía que no permitía dar á los placeres toda la extensión y publicidad posibles.

Los jóvenes educados en esta escuela, sólo cifraban su orgullo en poseer cuatro habilidades de esas que agradan á las coquetas; en hacerse con las personas notables; en renegar de su país, en el que todo lo encontraban malo; en seducir muchachas honradas é inocentes ó dejarse explotar por mujeres de cierta calidad; en seguir á un tiempo cuatro ó cinco intrigas amorosas, vestir con elegancia, darse á ver en todas partes, hablando de todo lo que no entendían y queriendo pasar por competentes; en una palabra, en satisfacer su vanidad y sus pasiones.

Se nos dirá que esta enfermedad que afligía á todas las clases y á todos los estados, no era tan general como nosotros la pintamos, ni sólo de aquel tiempo, y que